



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Castelgandolfo

Domingo 11 de agosto de 1996

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Continuando la reflexión sobre el Oriente cristiano, deseo centrar hoy la atención en el *desarrollo de la teología oriental* que, también en los siglos posteriores a la época de los Padres y a la dolorosa separación de la Sede apostólica, ha elaborado perspectivas profundas y estimulantes, que toda la Iglesia considera con interés. Aunque en algún punto persistan diferencias, no hay que olvidar que *lo que nos une es más que lo que nos separa*.

Un desarrollo doctrinal importante se realizó entre los siglos VIII y IX tras la crisis *iconoclasta*, que desencadenaron algunos emperadores de Bizancio, decididos a sofocar radicalmente la veneración de las imágenes sagradas. Muchos debieron sufrir por su resistencia a una imposición tan absurda: el pensamiento se dirige, en particular, a san Juan Damasceno y a san Teodoro Estudita. Su resistencia victoriosa fue decisiva no sólo para la devoción y el arte sagrado, sino también para la misma profundización del misterio de la Encarnación. En efecto, la defensa de las imágenes se apoyaba, en definitiva, en el hecho de que Dios se hizo verdaderamente hombre en Jesús de Nazaret. Por tanto, el artista se esfuerza legítimamente por reproducir su rostro, valiéndose no sólo de la fuerza de su ingenio, sino también y sobre todo de su docilidad interior al Espíritu de Dios. Las imágenes remiten al Misterio que las supera y ayudan a sentir su presencia en nuestra vida.

2. Otro momento característico de la teología oriental fue el de la llamada *controversia sobre el «hesycasmo»*. Con este término se indica en Oriente una praxis de oración caracterizada por la profunda quietud del espíritu, entregado a la contemplación incesante de Dios a través de la

invocación del nombre de Jesús. No faltaron tensiones con el punto de vista católico sobre algunos aspectos de esa praxis. Pero es obligatorio reconocer la bondad del propósito que guió la defensa de ese método espiritual, es decir, el de destacar la posibilidad concreta que se ofrecía al hombre de unirse a Dios uno y trino en la intimidad de su corazón, mediante la profunda unión de gracia que la teología oriental suele designar con el término particularmente intenso de «*theosis*», *divinización*.

Precisamente siguiendo esa línea, la espiritualidad oriental ha acumulado una experiencia riquísima, que ha vuelto a proponer con vigor sobre todo la célebre colección de textos realizada a finales del siglo XVIII por Nicodemo Aghiorita, con el título significativo de «*Filocalia*», o «amor a la belleza». También durante los siglos siguientes, y hasta nuestros días, la reflexión teológica oriental ha conocido un desarrollo interesante no sólo en los lugares clásicos de la tradición bizantina y rusa, sino también en las comunidades ortodoxas esparcidas por el mundo. Entre tantas profundizaciones dignas de notar, basta recordar la teología de la belleza elaborada por Pável Nikolájevič Evdokimov a partir del arte oriental del icono, y la doctrina de la «divinización», realizada por la estudiosa ortodoxa Loth Borovine.

¡Cuántas cosas nos unen! Es hora de que católicos y ortodoxos hagan un esfuerzo suplementario por comprenderse más, reconociendo con renovado asombro de fraternidad lo que el Espíritu está realizando en sus respectivas tradiciones, con vistas a una nueva *primavera cristiana*.

3. Pidamos a María, *Madre de la sabiduría*, que nos eduque para que reconozcamos prontamente las infinitas expresiones de la presencia de Dios en la historia de los hombres. Nos ayude, ante todo, a *mirar lo positivo* más que lo negativo, y a usar todas las inventivas de la comprensión recíproca para dialogar con fruto también sobre los puntos en los que todavía persisten divergencias. Para eso, que nos obtenga del Espíritu Santo *la sabiduría del corazón*, tan querida a la espiritualidad oriental, y esencial en toda experiencia cristiana auténtica.

Después del Ángelus

Hoy, día en que se recuerda a santa Clara de Asís, mi pensamiento se dirige a las Clarisas y a todas las monjas de clausura. Les manifiesto la altísima estima en que la comunidad cristiana tiene este estilo de vida, «signo de la unión exclusiva de la Iglesia-Esposa con su Señor, profundamente amado» (exhortación apostólica *Vita consecrata*, 59). Al ofrecerse con Jesús por la salvación del mundo, son «como anuncio gozoso y anticipación profética de la posibilidad, ofrecida a cada persona y a la humanidad entera, de vivir únicamente para Dios, en Cristo Jesús» (ib.). Por tanto, a ellas va mi agradecimiento y el de toda la Iglesia, junto con el aliento a perseverar fielmente en la vida claustral conforme a su carisma propio.

(En español)

Saludo muy cordialmente a las personas de lengua española aquí presentes, en especial a las religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús y al grupo de espiritualidad «La verdadera vida en Dios». A todos deseo que el verano sea un tiempo fecundo para afianzarse en el compromiso cristiano, de modo que dando una respuesta generosa al Señor, seáis en el mundo testigos de su amor. Que os acompañe la bendición apostólica que con afecto os imparto a vosotros ya vuestros seres queridos.